**LA MALA PRENSA**

Autor: Fernando Méndez Germain

No fue como lo contaron. La maldita prensa siempre lo tergiversa todo. Hoza en el barro buscando algo de estiércol que llevar a primera plana y, si no encuentra nada, publica sus propias deposiciones sin importarle un pimiento cuánto tienen de cierto. Lo importante es desvelar la verdad, dice el periodista, lo importante es vender toda la tirada, contesta el editor. Y al público en realidad no le interesa si lo que se le cuenta es verdad o no, lo que le importa es el ruido, la basura, el escándalo. La sangre y la lágrima. La pasión y la vergüenza. El éxito y el fracaso. Sobre todo, el fracaso.

Por eso lo cambiaron todo, inventaron una historia que vender que en nada se parecía a lo que realmente había sucedido y, desde luego, poco les importaron los cadáveres que pudieran dejar en el camino. Vomitaron su mensaje infecto y ruin, y al día siguiente, olvidado todo, se dedicaron a otra cosa sin pensar siquiera por un instante en el daño que podían haber inflingido con sus mentiras, o en las consecuencias que aquello pudiera tener para los afectados. Maldita prensa.

Yo era muy feliz en el club. Cumplíamos nuestra sexta temporada consecutiva en Primera División, un hecho histórico que se producía por vez primera en nuestra modesta historia. Lejos en el recuerdo quedaba aquella mañana, once años atrás, en que con veintidós primaveras daba el salto a la primera plantilla desde el equipo filial. Ahora era ya el segundo capitán del equipo, sólo por detrás de De la Calle. Y a De la Calle le quedaban dos telediarios. El míster no lo ponía nunca, lógico, era un coladero. Los años no pasan en balde y el bueno de De la Calle debería haberse retirado hace tiempo, por dignidad y por vergüenza torera. Pero él venía de los oscuros años de la Segunda B, no había ganado mucho dinero en esto del fútbol, y necesitaba agotar su último contrato aunque fuera arrastrándose de esta manera, para retirarse con algo de liquidez y poder cubrir las deudas contraídas por dos malos divorcios. Así que tenía que apurar todo lo que pudiera, y quizás al acabar el año le hicieran un homenaje y hasta retiraran su camiseta con el dorsal número cinco. Quién sabe. Pero la realidad es que el brazalete de capitán del equipo lo llevaba yo todos los domingos y el próximo año, con De la Calle retirado, yo quedaría como primer capitán y referente moral indiscutible del equipo. La franquicia del club, el estandarte.

Estos cinco últimos años habíamos sido la admiración del universo del fútbol. La prensa, atónita, se preguntaba cómo era posible que un equipo de una ciudad tan pequeña y con un presupuesto tan bajo hubiera conseguido, no solo llegar a Primera, sino después mantenerse sin mayores sobresaltos durante todos estos años. Además, sin endeudarse ni recurrir a inversores chinos ni a árabes de turbante. Se ponía al club como ejemplo de administración y de sensatez. Se ensalzaba tanto la gestión económica como la deportiva. En los últimos ocho años nunca se había cambiado de entrenador, dando una gran estabilidad al proyecto deportivo. Claro que aquí se obviaba el pequeño detalle de que el míster era hermano de la mujer de Don Eulogio, el presidente. Y éste bien se cuidaba de disgustar a la parienta con inoportunas ocurrencias. Don Eulogio, gestor a la vieja usanza, de los de apretón firme de manos y café, copa y puro tras firmar un contrato, sabía bien lo que se hacía y nunca traicionaba su orden de prioridades.

La otra pata del banco del éxito del club estaba, por supuesto, en los jugadores. La plantilla estaba conformada por una mezcla de veteranos y jóvenes muy comprometidos con el equipo, quienes no nos arrugábamos nunca, metíamos la pierna y éramos generosos en el esfuerzo, compensando así la posible falta de calidad. Y además, para contrarrestar definitivamente esa teórica falta de calidad, estaba un servidor, la guinda del pastel, el jugador más dotado técnicamente del equipo, el goleador, el delantero de referencia, el líder indiscutible.

-Ramón suena para la próxima convocatoria del seleccionador -decían en la tele.

-Ramón anota un doblete en una exhibición de oportunismo y clase. Ojeadores extranjeros toman nota -relataban los cronistas.

-Ramón inaugura la peña “El 10”, rodeado de hinchas, en el restaurante local “Orsay” -informaba el club.

Y, si bien el seleccionador nunca llamó, si bien jamás recibí oferta alguna del extranjero, y si bien la peña en mi honor “El 10” contaba en esos momentos con solo trece miembros, lo cierto es que mi ascendencia en el juego y en el equipo era incontestada. Los compañeros me buscaban para pasarme el balón cuando las cosas iban mal, y yo respondía muchas veces con goles y jugadas. A mis treinta y tres años, algunos podían considerarme demasiado veterano, pero yo me encontraba muy bien y con fuerzas en el campo y sentía que era mucho lo que podía aportar. Amaba el club, la ciudad, a los compañeros, a los empleados, y ese sentimiento era recíproco, seguro que sí, al menos así yo lo intuía.

Disfrutaba particularmente cuando el equipo, ya formado, esperaba en el túnel de vestuarios para subir las empinadísimas escaleras que llevaban al césped del vetusto estadio municipal.

-Ramón, un día nos vamos a matar por estas escaleras -me decía “el Penco” Ramírez, nuestro contundente lateral derecho-. A ver si arreglan un poco todo esto.

Amaba ese olor a hierba recién cortada, ese fragor de la afición mientras íbamos apareciendo por el césped, siempre pisando primero con el pie derecho, siempre tocando tres veces la hierba con la mano izquierda y santiguándome después. Esa explosión con los colores azul y amarillo del club que, al flamear de las banderas, se mezclaban en la vista en un verde de esperanza. Esos cánticos de ánimo cuasibélico, incitándonos al combate y a la victoria sin dejar enemigos en pie. Como rezaba nuestro himno: *“En la lid, con tesón, luchadores con pasión. Con honor y emoción, saludamos al campeón”*. Poco importaba que nunca hubiéramos levantado trofeo alguno, el himno se cantaba al inicio de cada encuentro a pleno pulmón, fundiéndose todas las voces en una sola. Ponía los pelos de punta. Cuánto disfrutaba de esos momentos, saboreando cada instante de la liturgia previa: la foto del equipo, el sorteo de campos, las palmadas entre compañeros, los gritos de ánimo.

Esa comunión de espíritus, los de los once de abajo con los de los veinte mil de arriba, era alimento sagrado para mi alma y yo me sentía reconfortado e incluso remunerado con ello. Quizá por eso mi contrato tenía pocos ceros, porque de alguna manera la directiva intuía que yo hasta pagaría por jugar.

Sin embargo, tras todos estos años de éxitos y de modesta gloria, esta temporada las cosas no estaban rodando bien. Habíamos comenzado algo flojos y habíamos perdido dos o tres partidos por verdadera mala suerte. Un par de penalties no pitados, algún desgraciado tiro al poste y un calendario maldito con salidas difíciles habían minado nuestra confianza y nos llevaban a coquetear con los últimos puestos, acercándonos al abismo del descenso. Así que, tras cinco temporadas en las que habíamos transitado plácidamente por la mitad de la tabla clasificatoria, los nervios comenzaban a atenazarnos y eso no ayudaba a que saliéramos del agujero. Los resultados no eran buenos y la afición ya no apoyaba como antes. El estadio no se llenaba y los cánticos languidecían al poco de silbar el árbitro el inicio del juego. Ante el primer revés, el murmullo daba paso a los pitos y los pitos a los insultos.

En los ojos de los compañeros ya no se veía ilusión sino miedo. Nos íbamos hundiéndo irremisiblemente en la clasificación, cual náufragos en una tempestad que ven alejarse el bote salvavidas y que buscan aferrarse en su desesperación a cualquier madero para evitar el ineludible desenlace fatal.

Tampoco yo estaba pasando por mi mejor momento. No me había entrado ni una falta directa (mi especialidad), apenas llevaba tres goles marcados en todo el año (uno de ellos de penalti). Creía firmemente que era todo una mala racha, simple fatalidad: algunas lesiones, jugadas desgraciadas, arbitrajes injustos…pero que pronto nuestra suerte cambiaría y remontaríamos posiciones volviendo a la plácida tibieza de la mitad de la tabla, al sopor de la siesta tranquila, a nuestra velocidad de crucero lenta pero segura. Y me volverían a entrar los remates y las faltas directas, y volveríamos a celebrar las victorias como una piña en el córner del fondo norte, donde se ubicaban nuestros fans más animosos.

Sin embargo, Don Eulogio no pensaba lo mismo. La afición, mal acostumbrada a un largo período de éxitos y de glamour entre la élite, se negaba a volver a la dura realidad de las categorías inferiores y protestaba cada derrota, cada gol en contra, cada error en el pase. Los pañuelos comenzaron a flamear en dirección al palco, aparecieron las pancartas de desprecio, arreciaron las peticiones de dimisión. La prensa comenzó una campaña de acoso y derribo y un ingenioso articulista bautizó a Don Eulogio como el Cofrade Mayor de la Hermandad del Puño Cerrado, acusándolo de tacañón e inoperante, de no invertir en el club lo que era necesario.

-Mientras el resto de equipos se han reforzado notablemente, y han actualizado también sus estructuras deportivas, adaptándolas a los tiempos modernos, el equipo de nuestra ciudad sigue con una plantilla que más parece sacada de un partido de solteros contra casados. El organigrama técnico es de los años ochenta. El presidente ni sabe ni quiere. Vamos directos a Segunda- argumentaba el juntaletras.

En cualquier otro club, en condiciones normales, se habría cortado la cabeza del entrenador y asunto arreglado, pero ya se sabía que aquí eso era imposible. Doña Adela, la presidenta consorte, cortaría las pelotas de Don Eulogio dos minutos después del cese de su hermano. Así que poca cirugía podía esperarse por este lado para resolver el problema deportivo.

Visto el panorama, Don Eulogio, aprovechando la apertura del mercado invernal, hizo un viaje relámpago a Buenos Aires y se trajo del brazo a una promesa emergente del fútbol argentino: Gabriel Osvaldo Bettini.

Bettini, prometedora estrella porteña, veintiún años, con toda una brillante carrera por delante. Bettini, uno ochenta y ocho de estatura, ochenta y dos kilos de músculo en un cuerpo perfectamente torneado y depilado, adornado con innumerables tatuajes coloridos que mostraban dibujos indescifrables y mensajes en alfabetos extraños. Bettini, que llegó al estadio a bordo de un Maserati amarillo cuyo valor superaba holgadamente la suma de todos los ingresos que cobraría De la Calle en su interminable carrera. Bettini, ojos azules, rubio de peluquería y con un pendiente de diamantes de muchos quilates en su oreja izquierda. Bettini, estrella en ciernes, goleador en potencia, delantero centro. Guapo, alto y moderno. Y zurdo.

La llegada de la nueva adquisición supuso un golpe de efecto importante por parte de Don Eulogio. El club había abonado por el traspaso varios millones de euros, de largo la cantidad más alta jamás invertida en un fichaje. Contaba con la aprobación de los más sesudos analistas balompédicos. En los debates televisivos de madrugada se aplaudía la operación.

-Han fichado a una futura estrella, es una gran incorporación para el equipo.

-Acierto total, el equipo lo notará, había mucha falta de gol.

-Es justo lo que se necesitaba.

Al llegar el día del primer entrenamiento tras el flamante fichaje, se palpaba una gran expectación en la prensa y afición, y entre los propios compañeros de equipo. Cuando llegué al estadio y fui a aparcar mi Volkswagen Golf en el espacio que habitualmente ocupaba, no pude hacerlo, ya que el Maserati de Bettini era tan ancho que ocupaba parte de mi plaza. Lo dejé donde pude y me dirigí al vestuario. El utillero se me acercó y me dio un juego nuevo de equipación.

-Me ha dicho el presidente que Bettini llevará el número 10 a partir de ahora. Son órdenes directas de arriba, dice Don Eulogio que son cosas del marketing, se venderán mejor las camisetas y hay que financiar el fichaje que ha costado una pasta.

No supe qué responder, yo había llevado el 10 desde hacía muchos años, y nadie me lo había discutido nunca antes en el club. Pero si era para ayudar al club y que aumentaran los ingresos, lo aceptaba, aunque la verdad no me hiciera muy feliz.

-Toma, ahora llevas el 24, el número que quedaba libre. Por cierto, el brazalete de capitán también es para el argentino. Ya sabes, cosas del marketing.

Entré al vestuario y comencé a vestirme para el entreno. Allí estaba Bettini, luciendo músculo ante el espejo, atusándose el peinado consciente de la prensa que esperaba fuera para grabar el primer entrenamiento. Como ex segundo capitán, me creí en la obligación de darle la bienvenida al equipo y me dirigí hacia él.

-Bienvenido, Gabriel, esperamos que te vaya muy bien aquí con nosotros. Si necesitas algo, no tienes nada más que decirnos, estamos aquí para ayudar.

Bettini me miró de arriba a abajo durante un instante, y me dijo al tiempo que me entregaba su par de botas:

-Y vos, ¿quién sos? Tomá, dale al utilero las botas para que las lustre a fondo y se vea bien la marca, que me pagan una buena plata por lucirlas. Y a partir de ahora me decís Gaby, Gabriel es nombre de viejo, como vos.

El resto del entrenamiento fue normal. El míster Cárdenas no se atrevía a exigir mucho al nuevo fichaje, que por lo demás mostraba buenas maneras con la pierna izquierda, y una tendencia constante a reacomodarse el peinado tras cada carrera.

El primer partido generó mucho interés en la afición y prensa local. Visitábamos la cancha de otro equipo de la parte baja de la tabla, compañero de fatigas, y era una buena oportunidad para empezar a remontar el vuelo, quitando puntos además a un rival directo.

El partido fue un desastre. Perdimos tres a cero y ni Bettini ni yo, que jugamos juntos en la delantera, olimos un balón ni nos entendimos en las pocas situaciones en que tuvimos oportunidad de combinar. Apenas tuvimos una ocasión de gol en una falta directa que Bettini lanzó al palo. A mí me sustituyeron en el minuto cincuenta y tres.

La prensa arreció en sus críticas a la plantilla y a la disposición táctica del equipo.

-Sólo Bettini se salvó del naufragio general- decían las crónicas.- A pesar de su lógica falta de adaptación se le vieron grandes detalles, aunque en ocasiones pareció estorbarse con su compañero de delantera Ramón, que una vez más estuvo voluntarioso pero desacertado.

-No me gustó el equipo. Habrá cambios el próximo domingo- sentenció el míster en la conferencia de prensa.

El entrenador hablaba de cambios, pero en realidad, al siguiente partido solo hizo uno: me quedé en el banquillo de salida por vez primera en siete años.

Jugábamos en casa contra uno de los grandes, uno de esos equipos en los que el sueldo de un jugador duplicaba el presupuesto de todo nuestro club. Lo cierto es que nos defendimos con mucho orden y desactivamos a las estrellas rivales. Los minutos pasaban y el empate a cero persistía en el marcador. Los rivales lo intentaban por todas partes, pero ese era el día de nuestro arquero “Caruso” Smizterovski, un polaco que llevaba en el club un montón de años y que, tan pronto te hacía la parada del siglo como la pifia más descomunal. Hoy tocaba cal. A falta de tres minutos, Cárdenas me llamó desde el banquillo para que me preparara para entrar. Yo estaba más que preparado, llevaba veinticinco minutos calentando en la banda desesperado por no poder entrar en el campo. Sustituí al “Flaco” Rodiles, que estaba completamente reventado por el esfuerzo y entré en el campo en un cambio pensado sobre todo para perder tiempo y asegurar ese empate que sabía a victoria por la entidad del rival.

En tiempo ya de descuento, “el Chino” Mestre, que tenía una zurda prodigiosa, pero que la sacaba a pasear sólo cuando le salía de las narices, se internó por su banda y puso un centro perfecto, con rosca, tensionado. Una *banana* a media altura, un bombón para un rematador de raza. Bettini, que apenas conocía a sus nuevos compañeros, había ido al primer palo, pero yo sabía que “el Chino” en carrera siempre las mandaba al segundo, así que me había desmarcado antes de que centrara y llegaba en carrera franca y libre para rematar ese balón, ese regalo. Llegaba un poco justo al encuentro del cuero y supe que para cabecearlo tendría que lanzarme en plancha. El central del equipo rival, que había dudado un instante con mi desmarque, se dio cuenta que llegaba tarde para despejar, así que se lanzó con los tacos por delante para intentar tapar el remate, buscando bloquear el balón o mi cabeza, lo primero que apareciera. En centésimas de segundo tuve tiempo de ver lo que iba a suceder, pero no me arrugué y mantuve el vuelo con la cabeza por delante, buscando el remate, aún consciente del riesgo de que me reventaran la cabeza de una patada. Conseguí un remate limpio y potente, un instante antes de que los tacos del defensa me golpearan salvajemente la cabeza.

El balón superó al guardameta rival, que hizo la estatua, poco más podía hacer, y justo cuando iba a entrar en la portería fue detenido con el brazo extendido del otro defensa central, que había acudido a cubrir puerta bajo palos. Penalty y expulsión. En el minuto noventa y tres. Estuve atendido un par de minutos, el médico me puso cuatro grapas en la ceja y una venda a lo Belauste, mientras el penalti aguardaba para ser lanzado. Una vez curado y recuperado, cogí la pelota y me dirigí a eso que llaman el punto fatídico. Punto fatídico para el portero rival, claro. Para mí era el punto G. Sabía que lo marcaría. Llevaba una racha de trece penales consecutivos convertidos y estaba a tope de confianza. Marcaría y ganaríamos el partido, celebraríamos el triunfo en el fondo norte con nuestra sufrida afición. Nos merecíamos esta victoria, y yo me merecía este éxito personal, después del ninguneo al que estaba siendo sometido. Pero a mitad de camino, Bettini se me acercó y me quitó el balón.

-Quitá, viejo, apartá, no seas atorrante, boludo-. Y se dirigió al punto de penalti.

Tardé un segundo en reaccionar, pero ya era tarde. Era una situación ya resuelta, el balón lo había colocado Bettini en los once metros y no tenía sentido discutir el lanzador delante de veinte mil almas enfervorizadas. Yo conocía bien al portero rival, sabía que casi siempre se lanzaba a su derecha, así que antes de que Bettini ejecutara la pena máxima me acerqué y le dije al oído:

-Por la izquierda, tíraselo por la izquierda.

Bettini no contestó. Recolocó el balón con parsimonia, brazos en jarra, se atusó el flequillo, miró al árbitro, esperó que éste diera su consentimiento y pateó el balón…a la derecha del portero, quien con la yema de los dedos tocó la pelota, pero no lo suficiente como para evitar que entrara. El árbitro decretó el final del encuentro inmediatamente después y todo el equipo fuimos como posesos a celebrar la gran victoria al córner del fondo norte, mientras Bettini regalaba su camiseta al público y presumía de bíceps y tatuajes ante las cámaras.

-Bueno, viejo, ya ves, yo pateo los penales por donde me sale del orto, nunca más me vengás a dar consejitos, la concha de tu madre- me comentó en los vestuarios.

La victoria fue muy sonada y de mucho prestigio, y la prensa le dio mucho valor. El equipo volvía a estar en el candelero y el optimismo se contagió por toda la ciudad. La afición volvía a estar orgullosa de su equipo y en los debates de radio local había unanimidad:

-Gran victoria. Con Gaby Bettini se puede volver a creer.

-Bettigol, qué sangre fría, qué calidad.

-Para estas cosas le trajimos- decía el presidente.

-Nos da un plus que no teníamos- terciaba el míster.

-La peña “El 10” felicita a su querido padrino Gaby Bettini y anuncia que cuenta ya con cincuenta miembros- anunciaba la web social del club.

Pero esa victoria de prestigio fue un mero espejismo, y pronto volvimos a nuestra cruda realidad, y con ella a la senda de los malos resultados. No encadenábamos dos buenos partidos y continuábamos en el pozo, con el agua al cuello, sin apenas respirar. Por mi parte, había quedado relegado definitivamente al banquillo, apenas jugaba algunos minutos e incluso había quedado fuera de alguna convocatoria. Nadie me echaba de menos en el terreno de juego y, aunque no me abandoné y seguí entrenando con ahínco, veía cuán fácil era caer en el olvido de las masas y en el ostracismo. Al principio recibía por la calle insultos y amenazas, reproches por nuestro mal juego, incluso algún escupitajo fallido. Pero después, pasaba prácticamente desapercibido para el público, dejé de recibir cartas de hinchas, ni de ánimo ni amenazantes. Podía ir a cualquier restaurante y era atendido como uno más, sin tratamiento especial, pero también sin reproches ni desdén. Intenté revertir la situación. Hice entrenamientos dobles. Me propuse actualizar mi imagen. Me afeité el bigote, me puse mechas azules, me vestí con camisetas ajustadas. Incluso me hice un tatuaje en el omóplato con una imagen mía celebrando un gol y un texto en letras góticas. Pero el tatuador no era muy bueno, la imagen no se me parecía mucho y en el texto se leía “*Eterno Román*”.

Nada de esto funcionó. El tiempo pasaba y el brillo de mi estrella había sido engullido por un agujero negro. Era uno más entre la plebe. Era invisible.

La temporada llegó a su desenlace final. Por los pelos salvamos algún punto en los últimos partidos, lo que nos llevó al último encuentro con la ventaja de depender de nosotros mismos: si ganábamos ese partido nos mantendríamos en Primera un año más. Ya habría entonces tiempo en verano para recomponer el equipo y ajustar cuentas. Para eliminar la angustia de estos meses y para volver con fuerzas renovadas y con la lección bien aprendida para no repetir los mismos errores. Nos enfrentábamos en casa a un equipo del montón, que no se jugaba nada en ese partido, con la salvación conseguida varias jornadas atrás y alejado de los puestos europeos. Previsiblemente jugarían con bastantes suplentes y con poca tensión competitiva. Teníamos serias posibilidades, ante nuestra afición, de amarrar los tres puntos y celebrar la salvación con nuestra sufrida hinchada e irnos de vacaciones con la satisfacción del deber cumplido.

Esa semana preparamos a conciencia el partido, vimos vídeos del equipo rival hasta que nos sabíamos de memoria cada detalle de su juego. Entrenamos a puerta cerrada y nos concentramos la noche anterior toda la plantilla. La tensión en los jugadores era brutal, nadie decía una palabra, parecíamos una cuadrilla de gladiadores antes de saltar a la arena a enfrentarnos con la muerte, a vencer o a morir.

Y llegó el gran día. El estadio bullía como una olla a presión, con una afición entregada que no cesaba de gritar, de cantar, de animar. En la ciudad los ánimos eran optimistas, las ventanas de las casas lucían engalanadas con los colores del club, el alcalde se fotografiaba con la bufanda oficial. Habíamos conseguido llegar al final dependiendo de nosotros mismos, lo cual era mucho teniendo en cuenta la pésima temporada disputada. El rival se antojaba asequible y, salvo que viniera muy primado, no se preveía que fuera a responder con una resistencia muy feroz, seguro que estarían ya pensando más en la playa y en las renovaciones de sus contratos que en este partido.

Cárdenas dio la alineación y no hubo sorpresas. Fui a ocupar mi habitual sitio en el banquillo esperando la improbable posibilidad de que el míster me diera algunos minutos. El árbitro dio comienzo al choque y pronto pudimos comprobar que, efectivamente, los rivales venían primados. Metían la pierna como si fuera la final de la Champions, corrían como posesos e incluso en algún córner llegaron a comentar a algún compañero:

-Lo siento chico, esto es así. Hay mucha pasta en juego.

Nosotros estábamos como flanes, no dábamos una a derechas y perdíamos la pelota fácilmente. Corríamos sin sentido de un lado para otro como pollos sin cabeza. Entraban por la derecha, por la izquierda, por el centro…era un milagro que todavía no nos hubieran marcado. Conseguimos llegar al descanso con empate a cero y entramos al vestuario entre sudores fríos y con el pánico al fracaso bien visible en los ojos de cada jugador. En el descanso el míster intentó corregir algunas posiciones e insuflar ánimos, pero el miedo a la derrota atenazaba las piernas de los jugadores, la angustia creaba una espesa capa que caía como un pesado manto sobre nuestras cabezas y el pesimismo ennegrecía nuestro espíritu. Ni siquiera “el Pisha” Garrido, nuestro medio estorbo, un chaval gaditano que siempre estaba de guasa, era capaz de decir nada gracioso que disipara los malos augurios.

Comenzó la segunda parte de modo parecido a como había terminado la primera. Hasta que en el minuto cincuenta y dos, un potente tiro lejano de su volante derecho fue rechazado como pudo por el loco Smizterovski. La pelota cayó muerta a pies de un delantero que pasaba por ahí y la empujó fácilmente al fondo de la red. Los cabrones celebraron el gol como si hubieran ganado un mundial, estaba claro que estaban untados hasta las cejas. A partir de ahí bajaron el ritmo, se ve que estaban ya pensando en qué gastar el dinero que iban a recibir en un discreto maletín.

Comenzamos a apretarlos, de manera infructuosa, pero ya encontrábamos más facilidades. En parte por nuestra actitud desesperada que nos llevaba a ir con todo hacia adelante, en parte porque ya se lo tomaban de forma más parsimoniosa, al tener casi todo el trabajo hecho. Nosotros necesitábamos dos goles para dar la vuelta al partido y sellar nuestra salvación. Y a falta de siete minutos, Gabriel Osvaldo Bettini, adonis argentino de un metro ochenta y ocho, tatuado, depilado y zurdo, colocó un falta en la misma escuadra del portero rival, que aunque se tiró bien hacia ese lado, habría necesitado de unos muelles para llegar al balón. Quedaban siete minutos. Faltaba solo un gol. Aún era posible.

Entonces el míster me llamó a su lado y, tras apenas un breve calentamiento, me ordenó salir y me dio sus últimas indicaciones tácticas:

-Sal y échale huevos.

Faltaban solo unos pocos minutos y el equipo estaba derrengado por el esfuerzo, jugando ya muy a la desesperada y sin encontrar el modo de acercarse a la portería rival. Los rivales se habían vuelto a poner serios y dominaban esos últimos momentos.

El árbitro decretó cuatro minutos de descuento, la verdad es que podía haber sido mucho más. Los muy puercos habían perdido tiempo como si fueran italianos, era obvio que se jugaban mucho más que la honrilla de terminar bien la temporada. Pero daba igual cuatro que cuarenta. No podíamos más, a mis compañeros les daban calambres y ya ni olíamos el balón. En el minuto noventa y cuatro, último del descuento, los rivales sacaron un córner desde la esquina derecha. Yo me había quedado arriba con Bettini por si podíamos cazar un contragolpe. El balón salió desde el banderín envenenado con una rosca muy cerrada y entraba directo a nuestra portería. “Caruso” Smizterovski hizo una de las suyas y despejó de puños de cualquier manera, dejando el balón muerto en el área pequeña. Hubo un par de rebotes, aquello tenía muy mala pinta, y entonces Avelino “Desbrozadora” Argüelles, un asturiano que jugaba de central como bien podría haber trabajado de leñador, evitó problemas dando un tremendo patadón a seguir que alejara el balón de nuestro área. El balón subió al cielo, besó el Sputnik y comenzó su caída hacia el círculo central, donde esperaba yo con un defensa pegado a mi espalda. Conseguí matar el balón con el pecho y, con un rápido y sutil toque de empeine, levanté la bola por encima de mí y del defensor, girándome rápidamente para enfilar el campo contrario. El defensa no pudo girar tan rápido, gracias en parte al leve toque con el codo que le propiné en las costillas. Leve e imperceptible para el árbitro, pero que le hizo perder unas décimas de segundo preciosas. Cuestión de veteranía. Tras el rotundo sombrero que le calcé, me encontré en seguida con el otro defensa, que había abandonado la marca de Bettini para cortarme el paso hacia el área contraria. Yo estaba descansado, de hecho llevaba descansando varios meses sin apenas jugar y tenía muchas fuerzas reservadas para esta última jugada. Así que, cuando se acercó como una exhalación, cambié el balón de pie con un rápido toque y me hice un autopase de varios metros, dejando al defensa tirado en el suelo y que en su caída derribaba accidentalmente a su propio compañero. Entonces comencé una frenética carrera en solitario hacia la portería contraria.

Sin obstáculos, sin perseguidores cercanos. El portero rival, el balón y yo. Solos en el circo romano como el gladiador y su oponente, en un duelo a muerte en el que no se esperaba la clemencia de ningún César. Corría y corría, mi única obsesión era que no se me fuera largo ningún control. Apenas podía escuchar el rugir de la masa enfervorecida que pretendía llevarme en volandas. Pero no necesitaba de esa gasolina. Todo el despecho, toda la ira contenida en estos meses, todo el desprecio sufrido me propulsaban a plena velocidad hacia mi meta, hacia el gol, hacia la salvación. Hacia mi reposición como héroe máximo en el Olimpo del club. Según me iba acercando al portero, que me esperaba en el punto de penalti con las piernas flexionadas listas para el salto, éste se iba haciendo más y más grande, y la portería, más y más pequeña. Por un momento dudé si lanzar a un lado cuando llegara a su altura, o si se la picaría por encima con un delicado toque. Pero dejé que el instinto decidiera por mí y, al entrar en el área, lancé un amago de chut y me fui hacia mi derecha, con la idea de regatear al portero y marcar a puerta vacía. Con un sutil giro de cadera tumbé al meta que se lanzó desesperadamente hacia el balón, pero sabiendo de sobra que no llegaría jamás. Me adelanté el balón con el exterior del pie y se me fue largo. Un poco largo, pero no demasiado. El portero estaba batido, el balón se iba hacia un lado y no tendría más que rematar a puerta vacía, aunque cada vez me iba quedando menos ángulo. Poco ángulo, pero sería suficiente. Entonces golpeé el balón mientras me caía hacia atrás un poco desequilibrado por el regate, y noté algo extraño en el momento del golpeo, un pequeño bache en el césped, una leve topera que le hizo dar un bote raro justo cuando impactaba mi pie derecho al balón en su destino seguro a la gloria. Al chutar, caí y di una voltereta de espaldas que me impidió ver el feliz desenlace.

Cuando me levanté, supe que algo iba mal. El estadio no se venía abajo, el griterío no era atronador, las banderas no ondeaban al viento. Más bien podía ver la palidez en las caras de los aficionados, el silencio desgarrador de la tribuna, las banderas fláccidas y mustias. No podía ser verdad, vi el balón en un sitio donde no debería estar, fuera de la portería, junto a las vallas publicitarias. Los compañeros no venían a abrazarme, caían de rodillas en el suelo llevándose las manos a la cabeza. Solo Bettini se acercó hasta donde yo estaba, quizá viéndome con esa cara de estupor y me dijo, con los dientes apretados:

-Grandísimo sorete, cabrón, hijo de la gran puta. ¿Por qué no me la diste? Iba solo a tu lado. Era gol seguro, si me la hubieras dado era gol seguro a puerta vacía.

La semana siguiente fue de funeral en el club. Silencio, duelo, lágrimas.

Y la prensa, la maldita prensa, halló un gran protagonista de toda esta historia. Ramón. Ramón, que tuvo en sus manos la salvación. Ramón, que antepuso su interés personal al del equipo. Ramón, que en vez de asegurar el gol pasándosela a un compañero mejor situado, decidió jugársela en solitario, para fallar miserablemente. Ramón, acabado como futbolista, como compañero y como persona. Ramón, demonio, miserable, gusano. Ramón el egoísta. Ramón el traidor.

Los artículos, los debates, los reportajes, fueron despiadados. Repetían las imágenes una y otra vez y desde varios ángulos demostraban como, si en vez de intentar regatear al portero, simplemente se la hubiera cedido apaciblemente a Bettini que corría todo el tiempo a mi lado, el gol habría sido seguro, con un remate fácil a puerta vacía.

-Se ve que Ramón quería conseguir un último empujón a su carrera- declaró Bettini-. Demostró que además de ser mal jugador es mal compañero.

Pero la prensa, como siempre, mentía. Porque yo nunca vi a Bettini a mi lado. Yo corrí y corrí y solo vi la oportunidad de resarcirme de mis desgracias, de reivindicar la tremenda injusticia que había estado sufriendo por parte de todos. Hice una jugada perfecta y solo un maldito bache me privó de la gloria. Yo corrí y corrí y solo tuve ojos para el futuro que me esperaba: otra vez capitán, otra vez ídolo, otra vez número 10. Pero nunca vi a Bettini, porque igual que Bettini me había convertido en invisible a sus ojos y a los de todo el mundo, del mismo modo se había vaporizado a los míos. La prensa mintió y mintió, y lo contó todo al revés.

Y después llegó lo del accidente. Otra vez la maldita prensa. Trágico accidente, concatenación de circunstancias desafortunadas. Quién podría haberlo previsto. Toda una carrera en ciernes al garete. Mensajes de ánimo de todo el mundo del fútbol. Con las maneras que apuntaba, con lo gran compañero que era. Sólo Dios sabe hasta dónde podría haber llegado. Habría jugado en un grande, eso seguro. Balón de oro, quizás. Un trágico accidente, decían. Al regresar a vestuarios, después del último entrenamiento del año tras practicar a solas unos tiros a puerta, ya de noche y con los focos del estadio apagados, un tropezón desgraciado por unas escaleras demasiado empinadas de un anticuado estadio. Tercera y cuarta vértebras seccionadas, de cuajo, sin operación posible. Jamás volvería a caminar. Bettini, estrella fugaz, ídolo de truncado reinado, ya no sería nunca balón de oro.

Y la prensa, la maldita prensa, otra vez lo tergiversó todo. Porque Bettini no fue el único que quedó en el entrenamiento esa noche. Yo también estuve lanzando varios tiros a puerta. Yo también me retiré a oscuras a vestuarios. Y yo también le di un pequeño empujón a su carrera, justo antes de que empezara a bajar las escaleras.

-FIN-